

APOGEO Y DECADENCIA DEL VALS



El primer baile siempre era un vals. Para lucir la agilidad, para gozar la sensación de perderse como entre nubes, para gozar la gracia de la vida y soñar la dulzura, la languidez, la belleza del amor en unos cuantos compases que traían y llevaban y arrebatában el sentido. El jovencito lo esperaba, como comienzo de fiesta, con la emoción de acudir a una primera cita, con su pareja elegida ya entre las más elegantes, graciosas y espirituales, desde el acecho del marco de la puerta. En cuanto a ella, luego de una práctica adquirida en arduas lecciones en casa del profesor, pensaba que con ningún vestido se podía valsar mejor que con uno de tul, de color blanco o rosado, que se esponjara al dar vueltas, que idealizara la figura y la hiciera aparecer como surgiendo de entre una nube de polvo, luminosa y perfumada. El primer baile era un vals, un "galoppwaltzer" a ser posible, porque sólo los muy expertos podían sortear airoso sus dificultades; era como pedir pies ágiles de juventud para abrir el fuego.

Y si, en lugar de bailar, había que hacer música, en un ángulo del salón, en uno de esos pianos negros de antaño, ¿qué mejor que el vals para acompañar el ritmo, unas veces desmayado y otras galopante, de los corazones? Mezclaba el ensueño con la realidad, y llegaba como una marea de susurros, de viento perfumado, de palabras dichas al oído, de música de agua de mar o de fuente. ¡Ah! Todas las promesas de amor, todos los entrevistos sueños de felicidad, toda la belleza que era posible combinar con un hombre y una mujer — sobre todo, si ella era hermosa y él apuesto y gentil — se tejía en el breve término que duraba la ejecución de una pieza de vals.

DANZAS NUEVAS Y DANZAS VIEJAS

Siempre ha tenido el baile un sentido de vértigo y olvido. Cuando volvemos a la consideración del pasado, acostumbramos ver los que

gado a la plenitud de su acogida y se inicia la boga de otra nueva. Era acaso el 15 de julio de 1772, porque la carta de Werther a Guillermo lleva fecha del día 16. Habían bailado el minué, y luego, con la última figura, una contradanza inglesa, el joven enamorado exclama: "¡Si tú la vieras! ¡Toda ella es armonía! Se entrega por entero, pone su alma en la danza, y, libre de prejuicios y temores, parece no sentir nada, no pensar en nada; y en tales momentos seguramente todo desaparece ante sus ojos". He aquí, pues, bien explicado el estado de ánimo de un bailarín, en una danza que, a la distancia, nos parece absolutamente inofensiva y destilada. Había para ella reproches y desconfiada intención, puesto que Carlota, al bailarla con toda su alma, se libraba de "prejuicios y temores". Pero sigue el baile y, naturalmente, es la "alemana" la preferida. Una vieja danza en la que debe verse, en cierto modo, el principio del vals, ascendencia que se disputa con otra de origen provenzal. Dice Werther: "Comenzó la alemana. Nos recreamos al principio en marcar mil pasos y figuras distintas, ¡Qué gracia, qué fragilidad en los movimientos!". Lo que hoy decimos con respecto al minué o a los lanceros. ¡Pero aparece el vals! Un vals en embrión, es cierto, pero que ya tenía todas las características de la danza que, unos pocos años más tarde, había de revolucionar los salones de Austria y Alemania. Y Werther, que está junto a Carlota y empieza a sentir los primeros síntomas del amor, escribe con pluma emocionada: "Cuando llegó el tiempo del vals y unos en torno de otros comenzamos a girar grotescamente como celestes esferas, se produjo una confusión, y pocos eran los que sabían valsar". Como se advierte, aún no era muy conocida la nueva danza; por eso continúa Werther: "Esperamos prudentemente a que pasara el primer ímpetu, y, cuando se fueron retirando los demás y quedamos dueños del salón con Audrán y su pareja, comenzamos a valsar a nuestro





do de ánimo de un bailarín, en una danza que, a la distancia, nos parece absolutamente inofensiva y destilada. Había para ella reproches y desconfiada intención, puesto que Carlota, al bailarla con toda su alma, se libraba de "prejuicios y temores". Pero sigue el baile y, naturalmente, es la "alemanda" la preferida. Una vieja danza en la que debe verse, en cierto modo, el principio del vals, ascendencia que se disputa con otra de origen provenzal. Dice Werther: "Comenzó la alemanda. Nos recreamos al principio en marcar mil pasos y figuras distintas. ¡Qué gracia, qué fragilidad en los movimientos!". Lo que hoy decimos con respecto al minué o a los lanceros. ¡Pero aparece el vals! Un vals en embrión, es cierto, pero que ya tenía todas las características de la danza que, unos pocos años más tarde, había de revolucionar los salones de Austria y Alemania. Y Werther, que está junto a Carlota y empieza a sentir los primeros síntomas del amor, escribe con pluma emocionada: "Cuando llegó el tiempo del vals y unos en torno de otros comenzamos a girar grotescamente como celestes esferas, se produjo una confusión, y pocos eran los que sabían valsar". Como se advierte, aún no era muy conocida la nueva danza; por eso continúa Werther: "Esperamos prudentemente a que pasara el primer ímpetu, y, cuando se fueron retirando los demás y quedamos dueños del salón con Audrán y su pareja, comenzamos a valsar a nuestro gusto". ¿Qué efecto le causa a Werther aquel vals? Vale la pena transcribirlo porque asombrará a muchos de los que ahora consideran a esta danza, como absolutamente inocente, y porque explica la reacción que luego había de producirse contra su introducción en sociedad, que recuerda en mucho la lucha similar frente al tango: "Jamás — sigue contando Werther — me sentí tan ágil ni tan ligero. ¡Tener en mis brazos a la más encantadora criatura! ¡Volar con ella vertiginosamente como en un torbellino! ¡Ver que todo pasaba y se desvanecía en torno nuestro! Debo confesarte, amigo Guillermo, que en aquel instante juré no permitir nunca valsar con otro a la mujer que yo amo y quiera hacer mi esposa. ¡Antes morir! ¡Ya me comprendes!...".

Y si, en lugar de bailar, había que hacer música, en un ángulo del salón, en uno de esos pianos negros de antaño, ¿qué mejor que el vals para acompañar el ritmo, unas veces desmayado y otras galopante, de los corazones? Mezclaba el ensueño con la realidad, y llegaba como una marea de susurros, de viento perfumado, de palabras dichas al oído, de música de agua de mar o de fuente. ¡Ah! Todas las promesas de amor, todos los entrevistos sueños de felicidad, toda la belleza que era posible combinar con un hombre y una mujer — sobre todo, si ella era hermosa y él apuesto y gentil — se tejía en el breve término que duraba la ejecución de una pieza de vals.

DANZAS NUEVAS Y DANZAS VIEJAS

Siempre ha tenido el baile un sentido de vértigo y olvido. Cuando volvemos a la consideración del pasado, acostumbramos ver los que entonces se bailaban como deshumanizados, limpios de sentimiento y de pasión, como si sólo hubieran sido el esquema de un sentimiento cortés en la proximidad de las damas. Así, los reputamos de cándidos, de ceremoniosos, de puros, cuando en el momento de su actualidad expresaron, como toda danza, la búsqueda del amor y al persecución de la mujer por el caballero. Ocurrió en la zamacueca, hoy considerada como un baile de intención purísima y del cual escribía Sarmiento en 1840: "Hemos dejado de bailar por su sensualidad"; con el minué y con muchas otras danzas. Y es que cada época tiene su peculiar manera de hacer el amor. Cuando el joven Werther se encuentra en un baile de aldea con Carlota, asistimos al momento excepcional en que una danza ha lle-



EL TRIUNFO DEL VALS

En 1780 ya el vals era conocido en toda Europa central. Hacía furor en Alemania. En Viena, donde residía la Corte más aristocrática de

el pueblo desafió la orden y siguió bailando su danza preferida. Y el edicto quedó archivado. A partir de entonces, el vals, que en un principio se bailaba con cierta solemne lentitud, se hizo más rápido hasta llegar

en la Exposición Internacional de París. Miles de vales se habían compuesto ya y se siguieron componiendo desde entonces, entre los que sobresalen el vals "Capricho" de Rubinstein, el vals "Mefisto" de Liszt y la "Invitación al vals" de Brahms.

sica, hasta llegó a considerársele como el fin o término de la decente convivencia social. Como a toda danza, desde la aparición de los bailes de pareja enlazada, se le atribuyó un antojadizo origen africano; el vals fué, para los más empingorotados, "cosa de negros", como luego habian de serlo el "cake walk" y el tango, entre otros muchos.

Habian pasado veinte años desde su introducción en nuestro país cuando un espíritu sutil — decía, en una carta en verso, describiendo el vals:

¡Ay amiga! Si ahora vieras
este combate naval
en que se ahogan las niñas
por no poder respirar.
Y se ponen tan cerquita
que, si por casualidad,
se rompieran los vestidos...
no se podría mirar.

Este es un baile a lo Congo
a saltitos y a compás,
es un candombe de blancos,
que no puedes tú pensar,
un baile desafortado
sin gracia ni dignidad,
para darse unos abrazos
que te harían asustar.
Los vestidos se usan largos,
y es garboso y esencial
que se rompan a tirones
como por casualidad,
y que tomen los pedazos
los señores, con afán,
y se los pongan al brazo
para poder continuar.

¿Y las niñas, me preguntas,
no se las ve sonrojar?
Tienen que cerrar los ojos
y en el hombro descansar.
Se concluye esta fatiga
y se pone a conversar
cada uno con su pareja.
!Esto es el Juicio Final!
Todos son celos y quejas,
pelea descomunal,
y los más lindos amores,
veo en el baile enterrar.

Acaso hubiera su punto de exageración; pero no puede negarse que la opinión señalada era, a este respecto, sumamente ilustrativa. Un viajero inglés que pasó por estas tierras llama al vals "esa danza lúbrica". No obstante estas y otras opiniones, el vals tuvo su largo siglo de apogeo. Y se llegó, a principios de 1900, su decadencia, que ya es olvido en nuestros días.



EL TRIUNFO DEL VALS

En 1780 ya el vals era conocido en toda Europa central. Hacía furor en Alemania. En Viena, donde residía la Corte más aristocrática de Europa, se bailaba en los palacios, en los salones de los burgueses, en los restaurantes, en las calles, en todas partes. ¡Era una verdadera locura colectiva, una deliciosa locura! Los profesores de baile, que siempre han sido en Viena, personajes de excepción, veían sus estudios abarrotados de clientes deseosos de ser iniciados en los secretos de una danza que describía la vida como un dulce sueño de amor. Los hombres llamados sensatos, las mujeres consideradas juiciosas y prudentes, sintieron la alarma de este frenesí que se volcaba en notas risueñas y embriagueces sentimentales y no sentimentales sobre la ciudad. Protestaron. Y el 18 de marzo de 1785 apareció un edicto imperial prohibiendo bailar el vals. Grave reprimenda, triunfo de la moral y las buenas costumbres. Pero

el pueblo desafió la orden y siguió bailando su danza preferida. Y el edicto quedó archivado. A partir de entonces, el vals, que en un principio se bailaba con cierta solemne lentitud, se hizo más rápido hasta llegar a la creación del "galopwalzer", que era ligerísimo y ponía en difícil prueba la agilidad, la elegancia y la maestría de los bailarines. Luego de los salones pasó al teatro donde también triunfó. Un músico español, don Vicente Martín y Soler, lo introdujo por primera vez en escena, en el final del segundo acto de su ópera "Una cosa rara", estrenada en Madrid en el teatro de los Caños del Peral. Y del teatro, a la música de Beethoven, Mozart, Schubert y Wagner, que utilizaron el vals lento, y a la de Chopin y Weber, que compusieron valsos a la manera movida de Viena. Después fué a volcarse la nueva danza sobre el pueblo, con Juan Strauss padre, con Stauss hijo, autor del inolvidable "El bello Danubio azul", que, habiendo sido acogido friamente en su primera presentación en Viena, en 1867 volvió consagrado luego de su triunfo

en la Exposición Internacional de París. Miles de valsos se habían compuesto ya y se siguieron componiendo desde entonces, entre los que sobresalen el vals "Capricho" de Rubinstein, el vals "Mefisto" de Liszt y la "Invitación al vals" de Weber.

EL VALS EN CARACAS

Caracas no lo recibió con buena cara, pero lo recibió. En la aldea —que por entonces ni siquiera era grande— causó el escándalo de los caballeros y damas principales y tuvo desde el principio la aceptación y la buena acogida de los jóvenes. Era en 1802; los porteños, amigos, como en todo, de novedades, empezaron a bailar quince años antes que en Londres. Acostumbrados a la danza ceremoniosa del minué, les chocaba esta pareja que se abrazaba y este vértigo en que los bailarines se sumergían, especie de intimidad peligrosa, sector de mundo lleno de tentaciones. Lo aceptaron como un epílogo de las buenas costumbres de antaño, como una lamentable decadencia espiritual y fi-

que, si por casualidad, se rompieran los vestidos... no se podría mirar. Este es un baile a lo Congo a saltitos y a compás, es un candombe de blancos, que no puedes tú pensar, un baile desafortunado sin gracia ni dignidad, para darse unos abrazos que te harían asustar. Los vestidos se usan largos, y es garboso y esencial que se rompan a tirones como por casualidad, y que tomen los pedazos los señores, con afán, y se los pongan al brazo para poder continuar. ¿Y las niñas, me preguntas, no se las ve sonrojar? Tienen que cerrar los ojos y en el hombro descansar. Se concluye esta fatiga y se pone a conversar cada uno con su pareja. ¡Esto es el Juicio Final! Todos son celos y quejas, pelea descomunal, y los más lindos amores, veo en el baile enterrar.

Acaso hubiera su punto de exageración; pero no puede negarse que la opinión señalada era, a este respecto, sumamente ilustrativa. Un viajero inglés que pasó por estas tierras llama al vals "esa danza lúbrica". No obstante estas y otras opiniones, el vals tuvo su largo siglo de apogeo. Y se llegó, a principios de 1900, su decadencia, que ya es olvido en nuestros días.



Francisco Chopin, el romántico y genial autor de los valsos que convirtieron a varios generaciones en el siglo pasado, y que aun es gustado en el nuestro.